

ct

De música y de hombres

de
Helena Tornero

(fragmento)

(Bebe un trago. Apaga otra vela. Empiezan a sonar las notas de “True” de Spandau Ballet. Coloca dos asientos uno al lado del otro. Al público, señalando uno de los asientos.)

PATTI

Amadeo. Divorciado. Viajante de ropa íntima. Cuatro años juntos. Estábamos en mi coche, con su hija pequeña en el asiento de atrás. Primero me hizo parar el coche, y después me dijo: “¿No dijiste que querías sinceridad por encima de todo? Pues tengo que decirte algo, y me gustaría que pudiéramos hablarlo civilizadamente. Civilizadamente y sin alzar la voz, que detrás está la niña.” Y subió el volumen de la radio y empezó a hablar. Primero dijo que lo sentía mucho. “Mucho”, insistió. Que lo sentía mucho, pero que se había ido a la cama con mi terapeuta. Mi terapeuta. (Respira.) Yo no decía nada, solamente le miraba, nada más. Porque había que verlo. Se quedó allí, sentado, callado, nervioso, esperando a que le dieran un premio a la sinceridad. Yo me tomé mi tiempo. (Respira.) Externamente, toda calma y serenidad, como en las clases de meditación – porque es en momentos como estos cuando hay que sacar partido de las clases de meditación, especialmente si te han costado una fortuna. (Respira.) Me las había recomendado mi terapeuta, precisamente. (Ríe.) Y noté como empezaba a subirme la rabia. Hice una respiración e intenté vaciar mi cabeza. Fuera pensamientos. Pero nada, el cerebro a cien por hora. (Muy rápido.) No-no-no, ahora ni se te ocurra ponerte histérica, tienes que ser consecuente, no histérica. Si tú, Patti, dijiste a este desgraciado que teníais que deciroslo todo, que la sinceridad por encima de todo y bla bla bla, pues ahora te lo tragas y a callar. Y sin castigarlo, claro, el perdón, el perdón, el perdón es importante; y nada de juzgar, no juzgar, no juzgar nada, ponerse en el lugar del otro y no tomar represalias. ¿Represalias? (Se detiene. Respira.) Y el continuaba hablando: “Me gustaría que me pudieses perdonar y poder continuar con nuestra relación como siempre, porque lo que tenemos es muy valioso.” Recuerdo que empezó a sonar “True”, de los Spandau Ballet. Fantástico. Irónico. Tony Handley dejándose las cuerdas vocales por “la verdad” y aquél allí, mirándome. Yo, impasible. (Agresiva.) ¿Represalias? ¿Quién piensa en represalias? ¿Quién piensa en salas de tortura, en puñales, en uñas arrancadas y fusilamientos? Yo, no. (Respira.) Lo cierto es que conseguí dominar mis instintos asesinos, le miré de arriba abajo, toda digna, y dije, con toda la gentileza que las circunstancias me permitían: “Lo habrás hecho con protección, como mínimo.” Se quedó unos segundos paralizado. Supongo que, de entre las mil opciones de posibles respuestas que esperaba, justamente ésta no estaba. “¿Qué quieres decir?” Añadió, con voz temblorosa. “¿Que qué quiero decir?” añadí yo sin una pizca – lo juro- de malicia en mi voz. Pues quiero decir que si cuando te has tirado a la... como se llama... Gina, ¿Sí? Que si cuando te has tirado a Gina, la vez que lo has hecho – o las veces, porque eso no me lo has concretado- has pensado en ponerte uno de esos gorritos de látex que venden en las farmacias. Y, ya puestos, ¿Te has asegurado de comprobar después si el gorrito en cuestión no se había roto con tanta fricción? Conozco bien el tema de los polvos extramatrimoniales – eso por decirlo de alguna manera porque tú y yo, por suerte, aún no nos hemos casado – y sé que tienden más bien a la efusividad. “¿Qué quieres decir con eso de que conoces el tema de los...?” CALLA, que aún no he acabado. También quiero saber si habéis practicado sexo oral. “¿Sexo oral????” (Interrumpiéndole.) Porque en caso afirmativo, quiero saber si te la ha mamado con gorrito o si se ha puesto la... (Hace un gesto de reojo al asiento de atrás.) ... nuestro “pajarito” directamente en su boca. “¿Qué quieres decir con eso de nuestro pajarito? ¡Querrás decir mi pajarito!” No, no, no querido: quiero decir nuestro, porque si tú ahora estás conmigo, tu pajarito ya no es solamente tu pajarito, también es mi pajarito, de la misma manera que

mi... “nidito” también dejó de ser solamente mío, porque todo lo que pueda pasar en mi “nidito” puede afectar a tu pajarito, y todo lo que pueda pasar en tu “pajarito” puede afectar a mi “nidito”, o sea que ya no son ni mío ni tuyo, sino que son nuestro nidito y nuestro pajarito. Y si resulta que a nuestro pajarito le ha dado por ir a husmear otros niditos, niditos desconocidos, si a tu-nuestro pajarito le ha dado por ir a hacer de “Doctor Livingstone, supongo”, me gustaría saber que, como mínimo, antes de meter el...pico o la...patita...haya echado un buen vistazo y le haya preguntado a la propietaria del nidito desconocido si estaba en condiciones óptimas y era de toda confianza. ¿Me has entendido bien? (Respira. Al público.) No sabéis lo complicado que es hablar de estas cosas cuando hay niños cerca. A aquellas alturas su hija debía de estar bien confusa con todo aquel inesperado interés nuestro por la ornitología. “¿Se ha perdido un pajarito?”, preguntó con su vocecita inocente. Yo hice como que no la oía y dije: “Mira, Amadeo, ya lo hablaremos en otro momento, ¿no te parece?” (Al público.) Se puso como una moto. “¡Yo no tengo porqué dar más explicaciones!” Dijo, alzando la voz y no muy civilizadamente. “¡Ya he sido lo bastante sincero y honesto viniendo aquí a abrir mi corazón, para que tú me vengas encima con estas perversidades!!!” (Respira.) Aquí yo ya estaba a dos milímetros de pasar de la serenidad “zen” a la leona africana. (Respira diversas veces.) Mira – dije después de hacer unas respiraciones de esas que dicen que ayudan a alejar todas las emociones negativas -, es una simple cuestión de precaución. No pienso dejar que me toques hasta que no me puedas jurar, con unas pruebas del sida en la mano, que no hay ningún problema. “¡Me estás castigando! ¡Quedamos en que habría apertura!” Mira, Amadeo: no pienso ponerme tu po...quiero decir, tu pajarito en la boca ni loca. Y no me vengas ahora con la historia de la sinceridad y de la apertura, porque yo no me refería a la apertura de tus pantalones, precisamente, ni tampoco a la de las piernas de Gina, pero ya veo que lo interpretaste todo muy alegremente. Agradezco profundamente tu extrema y conmovedora sinceridad, pero ahora me gustaría que contestaras, si no te importa continuar con este ambiente de apertura –en el cual, parece ser, tú ya hace tiempo que estás sumergido – la pregunta base que te he hecho hace ya un rato y sobre la cual se sustenta no solamente nuestra continuidad como pareja sino el estado futuro de nuestra salud: el de tu-nuestro pajarito juguetero y la del mío-nuestro no tan juguetero, pero no por ello menos importante nidito. Y la pregunta, atención, es, repito: “¿LO HABÉIS HECHO CON PROTECCIÓN, SÍ O NO?” Si no me lo puedes asegurar al cien por cien, hazte las pruebas. Si no te acuerdas al cien por cien, hazte las pruebas. Si Gina es un pendón, hazte las pruebas. Si Gina no es un pendón, pero se tira a alguien que sí lo es, hazte las pruebas. Si quieres que yo me quede realmente tranquila, hazte las pruebas. ¡En cualquier caso, hazte las pruebas! Y espero que, en caso de que hayas pensado con el pajarito en lugar de con el cerebritito, y que realmente hayas estado jugando en el nidito de Gina sin gorrito, condón, goma, lo que sea, si has follado con Gina mientras también follabas conmigo, entonces ya puedes ir pidiendo hora al médico para ir los dos juntitos de la manita a hacernos las pruebas. Pero tú no te preocupes, amor mío, no te preocupes que yo voy a llevarlo todo de una manera muy abierta y muy sincera, lo llevaré todo muy civilizadamente, lo llevaré todo muy positivamente. Pero como nos salga positivo, como tu pajarito dé positivo y mi nidito también dé positivo, le corto el cuello a tu pajarito y te mato a ti después. Pero eso sí, muy civilizadamente. (Gran respiración. Al público.) Me llamó pirada. Me llamó histérica. Me llamó “poco sensible”. Y cogió a la niña y se marchó. Se marchó, no os lo perdáis, sin responder a ninguna de las preguntas que yo le había hecho. Nunca volví a verle. No vino ni a buscar sus cosas. Puse toda su ropa dentro de una caja y la llevé a Cáritas. No encontré ni rastro de preservativos. A la mañana siguiente fui directa a hacerme las pruebas. (Pausa.) Dio negativo.

(Vuelve a tomar su copa, la alza en señal de despedida hacia Amadeo, y bebe de un trago. Apaga la vela. Mira el resto de objetos que quedan amontonados. Encuentra

una caja con unas cuantas cintas de cassette. Se dirige al público.)

¿Habéis pensado alguna vez que canción os gustaría para vuestro funeral? (Pausa.) No es una broma. Pienso que está bien saber con qué canción quieres que te recuerden. Si quieres que te recuerden con un blues, con un rock, con un bolero, con una samba... (Va mirando las cintas. Los recuerdos vuelven a ella.) Cada vez que conocía a un hombre nuevo, le regalaba una cinta. Y cada vez me decía a mí misma “esta será la última”. (Mostrando una cinta.) Algunos hombres me duraban tan poco que no me daba tiempo a dársela. Estas son las cintas que llegaron demasiado tarde...

(Coge la caja de las cintas y la vacía. Las va cogiendo, una a una, leyendo los nombres, antes de echarlas dentro de la caja.)

Ernesto. Hombre de negocios. Sector textil. Casado, dos hijos. Siempre tan ocupado, tan ocupado, que me borró de su agenda. Abel. Sus padres se equivocaron con el nombre: deberían haberle puesto Caín. Aún no sé por qué no le maté... (Pausa.) Ah... Ya sé por qué no le maté. (Sonríe. Pausa.) Cuando Abel me dejó – me ahorraré los detalles concretos – quería morirme. Y debía querer hacerlo con tanta determinación, que mi cuerpo, obediente, empezó a fabricar células asesinas. Tantas, que invadieron mi útero y tuvieron que operarme. “Es una operación sencilla, un trámite. Eliminaremos todas las células cancerígenas y quedará como nueva.” ¿Trámite? ¡Suerte que me drogaron y no me enteré de nada! Cuando me desperté en la UCI me lo explicaron todo. Que accidentalmente, me habían cortado una arteria y me había salvado por los pelos. Que, por azar, en otro quirófano del mismo hospital había un médico especialista en arterias y gracias a ello me habían podido salvar. Y volví a nacer. Dos meses después conocí a Fabio. Napolitano. Elegante, misterioso y muy, muy, muy celoso. Mucho. Nunca conseguí saber en qué consistía su trabajo. Vivía entre Barcelona y Génova, y desapareció de mi vida tan inesperadamente como había aparecido. La última vez que le vi, me dijo: “Ci vediamo da due settimane.” Me pidió que le guardara un paquete, que ya lo recogería cuando volviese. “Ci vediamo, bella”. Las “settimani” se convirtieron en meses, y después en años, y el paquete se quedó allí, pudriéndose en un armario. “Ci vediamo, bella.” Tal vez es así, un adiós a la italiana. Klaus. Un impresentable. Klaus es el prototipo de hombre encantador con problemas que trae problemas. Claro que, cuando yo le conocí, solamente me quedé con la parte de hombre encantador, que era la que más destacaba, a priori. Sí, ya lo sé: a estas alturas ya podría haber aprendido un poco. Creo que, en el fondo, me daba un poco de miedo...pero conseguí echarlo de casa. De vez en cuando, cuando necesita dinero, vuelve a aparecer. He cambiado mil veces el número de teléfono, pero siempre me acaba localizando. Me he acostumbrado a ignorarlo. (Rápidamente, con el resto de cintas.) Jaime, Mateo, Ryan, Carlos... Madre mía... ¿Realmente fueron tantos? (Todos los objetos están ya dentro de la caja. Patti los observa unos segundos.) Esto es tu vida. Hecha de aciertos y errores, de objetos y recuerdos, de risas y lágrimas, de música y de hombres. (Se queda pensativa unos segundos.) Tienes razón, Lola. Soy un auténtico desastre con los hombres. (Toma la copa de vino, la vuelve a llenar y hace un brindis al vacío.) ¡Por los desastres de Patti! (Bebe un trago. Poco a poco se va reponiendo. Mira a su alrededor, ve una cinta que se había olvidado. Lee el nombre, hace un gesto de aprensión y la lanza dentro de la caja.) Será mejor que me dé prisa. (Cierra la caja. Coge la chaqueta, las llaves y la caja, y va hacia la salida. Vuelve atrás para coger el móvil. Sale. Momentos más tarde, vuelve a sonar el teléfono, el contestador automático y la melodía de “Thunder Road”, seguida de un “biiip. Oímos la respiración de alguien que duda si hablar o no. Finalmente, cuelga. Representa que ha pasado el tiempo. Patti vuelve a entrar, esta vez sin la caja de los objetos.)